PIENSE...

En su 'Diccionario Filosófico' escribió Voltaire que en cuanto más hombres casados hayan, menos crímenes habrá.

La falta de memoria nos trae la sorpresa de presentarnos nuevo lo que no es.

Los grandes cataclismos enternecen hasta a los egoístas, porque ellos piensan lo que le hubiera podido suceder si se hallaren en aquel lugar.

El principio de todo pecado es la soberbia; el que la poseyere se llenará de maldiciones y se arruinará hasta el fin.

Las tres cosas más difíciles son: guardar un secreto, sufrir con paciencia las injurias y emplear muy bien el tiempo.

Cuando se anuncia un fenómeno cualquiera que parece en oposición con los conocimientos de la ciencia, lo que importa es cerciorarse de qué es y por qué es.

Dijo Augier que sólo hay un esposo perfecto: el de la viuda.

Sofía Arnauld afirmaba que el matrimonio es el apagador del amor, y en cambio, La Rochefoucauld aseguraba que el matrimonio hace al hombre más bueno y más prudente.

Viendo Sócrates que Antisteno mostraba de continuo la parte desgarrada de su manto, dijo: 'Veo tu soberbia a través de los desgarrones de tu manto.'

No hay desgracia como la de no tener talento, sobre todo cuando se ve el que tienen otros.

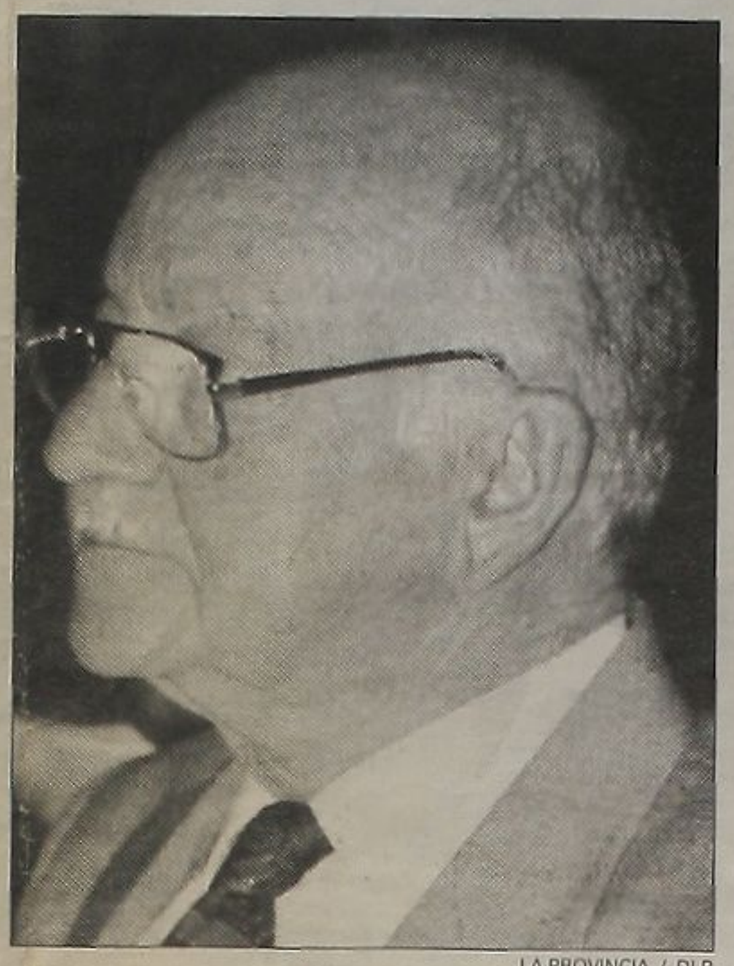
Una esperanza burlada es un purgatorio en compendio: una costumbre contrastada es un infierno completo.

Podrá vivir sin pasiones el que viva bien; es decir, el que vive con su conciencia tranquila. —Sócrates.

El alma del bueno desde aquí tiene ya el principio de su gloria, en la quietud de [illegible] conciencia. —Fray Luis [illegible] Granada.

[illegible]uchas existencias [illegible]nas son como los árbo-[illegible]os, que, con el trono [illegible]roído y desecho, [illegible]idos sólo por el corteza.

[illegible] vanidad [illegible]ue casi



LA PROVINCIA / DLP

Padrón Rodríguez y Díaz Rodríguez.

DOS VALORES

Un acceso cardíaco se llevó en la primavera de 1968 al querido galdense Antonio Padrón Rodríguez, el artista magistral que amó a las flores, a los pájaros y a los peces; a las plantas todas y al mundo entero de los animales.

Era un ser espiritual, sensible intensamente y enfundado en la modestia del hombre de pueblo que siempre fue, absorto muchas horas cada día en el arte de pintar y en los descubrimientos que acumulaba margullando en el fondo mismito de sus concepciones.

Verdad cierta es que una mutua y colosal estima existió entre el virtuoso y el cronista. Antonio fue uno de nuestros mejores amigos, sin duda, y el que más nos entendió cuando a su vera pensábamos cosas, acá como en Madrid.

Y por eso él, además de disponer los decorados de nuestras funciones teatrales, en una de ellas resaltó el encanto de su bella voz en vuelo, hacia el lugar en que mora. Desde Gáldar, partió directo a la Academia de Bellas Artes de San Fernando hasta llegar a ser el maestro que fue y de quien guardamos, sentimentalmente, señales de su trabajo.

—oOo—

Juan Díaz Rodríguez, alzado ciudadano sin dejar de ser campesino, nació a las 20 horas del 5 de marzo de 1921 en el sitio de Valsendero-Barranco de la Virgen, del municipio de Valleseco, y tan pronto cumplió un lustro de andar y ver leía como un hombre.

Ese no menos amigo nuestro recuerda vivitos los primeros años de bachiller, con los viajes en 'coche de hora', hacia el Instituto Pérez Galdós y a continuación sus estancias en la Universidad de La Laguna y la Facultad de Medicina hispalense.

Licenciado en Medicina y Cirugía, fue profesor adjunto, y además de cubrir los estudios de maestro de Enseñanza Primaria, inició en Sevilla, en la Escuela de Altos Estudios Mercantiles, otra carrera que no finalizó.

Aquí, en su tierra, ya casado y con hijos, se licenció en Derecho, y como médico tenía adoptados para desarrollar su actividad profesional los cometidos de Hematología y Análisis clínicos, cotidianos en su laboratorio particular, de espeso renombre.

En El Museo Canario extendió una gestión encomiable e igual liderando el patronato de la Escuela de Bellas Artes Luján Pérez. Y en 1982, cuando el pueblo grancanario gritaba en las calles *¡Universidad, ya!*, pasó a presidir la Fundación Universitaria de Las Palmas en un acto celebrado en el Cabildo Insular.

CONMOVIDO RECUERDO

Fue en uno de los sábados recién pasados cuando ofreció Cine de Barrio la reproducción de la película *Carmen la de Ronda* de Sara Montiel, y este cronista se sintió conmovido al leer en los títulos de presentación el nombre de Benito Perojo, gran director en su tierra y en lugares como París, Roma, Berlín, Norteamérica y Argentina, y en 1942 concurrió a la Bienal de Venecia siendo premiada su película *Goyescas* con aplausos fuertes.

El nombre de Benito Perojo nos recordó inmediatamente el de su padre, don José del Perojo y Figueras, periodista y político español nacido en Santiago de Cuba. Se educó en París y Alemania, fue doctor en Derecho y Filosofía por la Universidad de Heidelberg y de Darwin, fundó y dirigió la *Revista contemporánea* (1890) y el *Nuevo Mundo* (1894), publicando además libros importantes.

LA PROVINCIA / DLP

Del Perojo y Figueras.

No siendo canario, se vinculó a nuestra patria chica, Gran Canaria, en 1905, apoyado por el partido de don Fernando de León y Castillo, consistiendo en ser un diputado activo, inteligente y muy decidido defensor de los intereses nuestros. Recabó entonces para Gran Canaria y la isla de La Palma las respectivas Juntas del Censo, independientes de la de Tenerife, y al suprimirse los comisarios de Marina de Tenerife y Las Palmas, supo aprovechar el momento para plantear el asunto de la División de la Provincia.

Sus peticiones a ese tenor serían trágicamente subrayadas por la vida misma de su autor, ya que, discutiendo esa cuestión en el Congreso, allí mismo murió don José el 17 de octubre de 1908.

Su apellido permanece en una calle céntrica de nuestra ciudad.

Y SONRÍA...

Idilio en plena luna de miel:

— ¡Oh, Pirucho! Si el barco se hundiese, ¡cuán delicioso sería morir juntos!

— Yo sé nadar.

— ¡Que lástima!

—oOo—

— Por favor, cristiana.

— Dígame, caballero.

— Ese pescado suyo huele horrendamente. Es una tumba en descomposición.

— ¡Ay, señor! Este pescado lo encontraría muy conservado todavía si le dijera el tiempo que tiene...

—oOo—

— Acabo de encontrar al maestro y me dice que siempre llegas tarde. ¿Cómo es eso?

— ¡Es que siempre se empeña en tocar la campana antes de que yo llegue!

—oOo—

Un policía. — Y usted, ¿por qué está aquí?

— El preso. — Porque no me he podido escapar...

—oOo—

— ¡Señorita! ¡Una limosna que tengo mucha hambre!

— ¿Y por qué no prueba usted a trabajar?

— Ya probé, y me habría más el apetito.

—oOo—

— Él: ¡Pide lo que quieras por esa boquita!

— Ella: ¡Cómprame una pianola!

— Él: ¡Eso no es boquita, es bocaza!

—oOo—

— Lo siento por Fernández.

— ¿Por qué?

— Porque se ha pasado la mitad de su vida aprendiendo idiomas, y ahora que se ha casado, su mujer no le deja decir palabra.

—oOo—

— Oye, James, ¿cuándo me vas a devolver el dinero que te presté.

— Mira, ahora voy a dejar este oficio de pintor y pienso entrar en un café de camarero. Tú puedes entrar allí todos los días y no me das propina hasta que te cobres.

—oOo—

El cliente. — No vaya tan aprisa, amigo, porque está apurado y me degüella.

El aprendiz. — Quiero acabar antes de que vuelva el maestro, que no me deja afeitar todavía.

—oOo—

— Estoy lleno de trampas y deudas. Todo el mundo me acosa. No puedo dormir.

— No te preocupes. Yo te daré la fórmula.

— ¿Vas a darme dinero?

— No, hombre; pero te facilitaré el nombre de un específico para que duermas.